

Extracto de “Haced esto en memoria de mí””, de Jeffrey R. Holland



“Si recordar es lo más importante que debemos hacer, ¿en qué debemos pensar cuando se nos ofrecen esos sencillos y preciosos emblemas?”

“Podríamos recordar la vida preterrenal del Salvador y todo lo que sabemos que hizo como el gran Jehová, el Creador de los cielos y de la tierra y de todas las cosas que hay en ella; podríamos recordar que aun en el gran concilio de los cielos Él nos amaba y fue maravillosamente fuerte, que aun allí triunfamos mediante el poder de Cristo y nuestra fe en la sangre del Cordero (véase Apocalipsis 12:10–11).

“Podríamos recordar la sencilla grandeza de Su nacimiento terrenal...”

“Podríamos recordar los milagros y las enseñanzas de Cristo, Sus sanaciones y Su ayuda; podríamos recordar que devolvió la vista al ciego, el oído al sordo y el movimiento al lisiado, al mutilado y al atrofiado. Entonces, en esos días en que sintamos que nuestro progreso se ha detenido o que nuestra alegría y la visión del futuro se han empañado, podremos seguir adelante con firmeza en Cristo...”

“Podríamos recordar que aun a pesar de la misión solemne que se le había encomendado, el Salvador encontraba deleite en la vida, disfrutaba de la gente y les dijo a Sus discípulos que tuvieran ánimo. Él dijo que debíamos sentirnos tan llenos de regocijo con el Evangelio como alguien que hubiese encontrado un gran tesoro, una verdadera perla de gran precio a las puertas de su casa...”

“Podríamos recordar que Cristo llamó amigos a Sus discípulos...”

“Podríamos, y deberíamos, recordar las cosas maravillosas que hemos recibido en nuestra vida y que ‘todas las cosas que son buenas vienen de Cristo’ (Moroni 7:24) ...

“Habrá ocasiones en que tendremos razón para recordar el trato cruel que se le dio, el rechazo que sufrió y la injusticia —la terrible injusticia— que padeció. Cuando nosotros enfrentemos algo semejante en la vida, podremos recordar que Cristo también estuvo atribulado en todo, mas no angustiado; en apuros, mas no desesperado; perseguido, mas no desamparado; abatido, pero no destruido (véase 2 Corintios 4:8–9).

“Cuando nos lleguen esas épocas difíciles, podemos recordar que Jesús tuvo que descender debajo de todo antes de ascender por encima de ello, y que sufrió dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases para estar lleno de misericordia y saber cómo socorrer a Su pueblo en sus enfermedades” (véanse D. y C. 88:6; Alma 7:11–12).

“Él está allí para sostener y fortalecer a los que vacilen o tropiecen. Al final, está allí para salvarnos, y por todo ello Él dio Su vida...”

“...En todo eso podríamos pensar cuando un joven presbítero arrodillado nos invita a recordar a Cristo siempre” (véase *Liahona*, enero de 1996, págs. 78, 79).

